

LA DIMENSIÓN COMUNICATIVA EN LA FILOSOFÍA DE KARL JASPERS

Isabel Aísa. Universidad de Sevilla

La filosofía de Jaspers no constituye ningún sistema, entre otras posibles razones, porque está hecha de facetas encontradas. En este sentido, no es una filosofía aquietante sino inquietante; las antítesis suceden a las tesis, sin síntesis final. Jaspers es crítico de Hegel y admirador de Kierkegaard y Nietzsche, «ambos adversarios radicales del "sistema"»¹. La filosofía de Jaspers es ambigua, pero también rica; baraja ideas contrarias sin renunciar ni elegir ninguna de ellas. En dicha filosofía, renuncia y elección vienen a ser sinónimos de inautenticidad; la existencia auténtica no se cobra en tierra firme, sino flotando, por así decir, «entre dos aguas». El mar es en Jaspers símbolo de libertad; sin «fundamento sólido» para el que se adentra en él, sin «encadenamiento» alguno, «una realidad misteriosamente única». Sólo filosofando sin asideros «nos hablará el fundamento de las cosas»². El mar abierto constituye una buena imagen de la filosofía de Jaspers; se nos escurre de cualquier intento abarcativo y nos deja a solas con nuestra propia e intransferible posibilidad. Lo mismo que Kierkegaard y Nietzsche, tampoco Jaspers quiere discípulos.

Como existencialista, la atención al individuo es una de las facetas destacables del pensamiento filosófico de Jaspers. Dicha atención es patente en las llamadas «situaciones-límite», las cuales pueden describirse como un «no poder no»: no poder no morir, no poder no luchar, no poder no sufrir, etc. Ahora bien, no procede etiquetar a Jaspers, sin más, de «individualista»; tan importante en su filosofía es la «comunicación existencial» como las situaciones-límite. Jaspers es también un pensador dialógico; más aún, sobre todo es tal. Nuestro artículo tiene como propósito mostrarlo, sin «hacer pie» tampoco en la faceta comunicativa, la cual, no sólo tiene su contrapeso en la situación-límite, sino que finalmente se revela insuficiente y remite a la trascendencia, con la que ya no es posible, según Jaspers, entrar en comunicación.

El problema central de la filosofía de Jaspers es el existente auténtico, entendido como individual -cada existente- y libre -la autenticidad debe

conquistarse-. Este carácter central es ya patente en la ordenación de los tres libros que componen la obra filosófica más completa de Jaspers: *Filosofía*. El primero trata del mundo o ser-ahí, el segundo del existente o ser-yo y el tercero de la trascendencia o ser-en-sí. El existente no es ante todo algo dado, sino posible en el mundo y desde la trascendencia. Decimos «ante todo» porque también el existente es, en cierta medida, dado o, de otra manera, es ser-ahí, mundo; nos encontramos existiendo en una determinada época, país, familia, con una peculiar fisonomía, inteligencia, mentalidad, etc. Hay un ser-yo que es mundo, se comunica como mundo y vive en una verdad mundana: el yo-empírico, el yo-conciencia en general y el yo-espíritu. Pero yo propiamente dicho es el que conquista su esencia mirando de frente a las «insoportables» situaciones-límite y abriéndose a la comunicación existencial. Este yo no es ya mundo, sino en el mundo, se comunica en lucha amorosa y vive en una verdad de veracidad: su propio hacer pensante es su misma esencia. El yo no agota el ser, y si lo pretende es en vano, ya que desde sí requiere el mundo y la trascendencia. Ahora bien, situados en el yo mismo, hay dos pilares que lo encumbran: las situaciones-límite y la comunicación existencial. Aquéllas constituyen la vertiente individual del pensamiento de Jaspers, ésta la comunicativa.

Las situaciones-límite están ya presentes en la etapa psicológica de Jaspers, tal y como puede comprobarse en la obra que es representativa de la misma: *Psicología de las concepciones del mundo*. A partir de entonces serán tema constante e inagotable del pensador. Pero esto no es todo; la conciencia de su importancia para el existente mueve a Jaspers a estudiar medicina y psiquiatría: «deseaba saber el límite de las posibilidades humanas, aprender la significación de lo que en el ámbito público se tiende a escamotear y pasar por alto»³. Luego están ya en el comienzo de la actividad intelectual de Jaspers, al menos como impulso configurador. Son «límite» porque en ellas el existente experimenta absoluta impotencia; no se dejan manejar, no pueden soslayarse, ni siquiera explicarse de forma objetiva. Son un «no poder». Cualquiera puede comprobar en su existencia la inexorabilidad de la culpa, el sufrimiento, la lucha... La situación de la muerte cierra la enumeración. Son «límite» también porque, si se acierta a encararlas, abren posibilidades nuevas: cobrar una esencia propia, superar el objetivismo, escuchar el lenguaje de la trascendencia. Éste es su sentido (positivo). Todas estas situaciones hacen referencia a la individualidad: mi yo intransferible es el culpable, el sufriente, el que lucha y muere. Si cargo mi culpa en otro, escamoteando la propia, me pierdo; ante ella lo que procede es asumirla conscientemente, tanto por las acciones como por las omisiones. No se puede no ser culpable; al aceptar la propia culpa me

encuentro, cobro autenticidad. El sufrimiento ensimisma al que lo padece, hasta descubrirle su individualidad. El enfermo, escribe Jaspers, vive para sí, aislado; no se entiende mejor con los otros enfermos que con los sanos. Además, cada enfermedad es específica, y cada caso peculiar, en virtud de la índole y libertad del individuo. En definitiva, a cada enfermo le corresponde encontrar su propia forma de vida⁴. Cualquiera de las situaciones-límite conlleva dolor y contrariedad; por consiguiente, puede aplicarse lo que Jaspers dice de la enfermedad a cada una de ellas. Así queda mostrada la conexión de situación-límite e individualidad.

Jaspers padece una enfermedad pulmonar durante toda su vida; en consecuencia, nada tiene de extraño su temprano descubrimiento de la individualidad humana y su vocación de ahondar en el hombre como unidad propia e indisoluble de cuerpo y alma. Sin embargo, el descubrimiento de la necesidad de los otros es ya patente en las páginas de su diario transcritas en «Historia de la enfermedad»⁵. En 1904, cuando tiene 21 años, escribe: «Soy hombre muerto. Insoportable para la mayoría de los hombres. Sin concordancia interior, sin ningún amigo, sin amor a ninguna mujer, sin productividad. ¿Tiene aún sentido para mí el vivir?». Durante sus estudios de medicina conoce a Ernst Mayer, con el que inicia una profunda amistad; *Filosofía* es en realidad obra de los dos amigos, dada la importante contribución a la misma por parte de Mayer. Mientras la escribe, uno y otro viven identificados de forma «inolvidable» para Jaspers, el cual, a su pesar, no conseguirá ya esa estrecha colaboración en libros posteriores. Gracias a su amigo, Jaspers conoce en 1907 a Gertrud Mayer, hermana de aquél. La descripción de su encuentro es tan concisa como sugerente (e importante para comprender la comunicación en el autor): «Ocurrió como si en un instante se encontraran dos personas que se hallaban unidas desde siempre. Me es imposible saber cómo ocurrió y por lo mismo no puedo contarlo»⁶. Su amigo y la que sería su esposa son la respuesta afirmativa al interrogante que Jaspers se hace en su diario pocos años antes. Reparar en el interrogante es revelador; él, que por sus circunstancias tiene problemas para relacionarse con los otros -ni siquiera pudo permitirse una vida «normal» como y junto a sus compañeros de colegio- cifra el «sentido» de su vida en la comunicación (con el amigo, con la mujer). A partir de esta amistad y matrimonio, Jaspers insiste fielmente en el tema de la comunicación, el cual llega a tener más peso en su pensamiento que el de la situación-límite. Hans Saner, editor de sus escritos, afirma que todo lo que Jaspers dice sobre la misma y el amor no habría sido posible sin la profunda unión del matrimonio⁷. Con todo, Jaspers tenía ya «vocación de comunicación» -si vale decirlo así-, como tenía vocación

de ahondar en la singularidad humana. Con acierto, las palabras de Saner se refieren a la profundidad en el tratamiento del tema. La voluntad de comunicación es su aportación personal a la filosofía; Jaspers parte de Kierkegaard y Nietzsche: «proscritos», «excepciones», «ninguno los ha amado propiamente»⁸. Ellos recabaron para el existente concreto toda la importancia que filosofías anteriores le habían negado; vivieron incluso, en su estremecedora soledad, como ejemplo encarnado de su reclamo filosófico⁹. Su pensar y su ser coinciden; de ahí la fuerza de su pensamiento. Jaspers describe como origen de la filosofía el «darse cuenta de mí mismo en mi situación», y es seguro que al hacerlo tiene presentes a Kierkegaard y Nietzsche. Pero no se queda ahí; afirma que ese (y otros) origen no agota el móvil del filosofar, pues está la voluntad de comunicación «de existencia a existencia»¹⁰. Éste es Jaspers; incluido en la única corriente filosófica desde su propia situación, inspirado en los logros y fracasos de sus predecesores, sin limitarse a repetirlos ni censurarlos, en la tarea de hacer de su pensamiento vida y de su vida pensamiento.

El ser humano se comunica de muchas maneras. Una forma de relación entre los hombres es la que se establece en el ámbito de la existencia empírica. En ella, a cada cual le mueve su interés: mantener, mejorar y prolongar su vida. Por ello, en este nivel se practica el engaño y el disimulo. El otro no interesa más que si contribuye al propio interés, y en la medida en que contribuye; es decir, los individuos no importan por ellos mismos, son perfectamente sustituibles. La verdad que conviene aquí se mide por su utilidad. Esta forma de relación responde a la necesidad que el hombre tiene de unir sus fuerzas para combatir la hostilidad de la naturaleza o de otras comunidades. Su cohesión varía, según la realidad y grado del peligro. La variedad es propia también de la verdad pragmática que la caracteriza; al hilo de las «continuas componendas» de la comunidad, cambia lo que es tenido por verdad. Aunque sea un nivel ínfimo y precario de relación, no se puede desatender; está ahí y responde a unas necesidades reales. Pero tampoco es la única forma posible de comunicación. Los hombres se relacionan también a nivel de conciencia en general. Para ello, basta con tener en común una lógica que posibilite la universalidad y necesidad del discurso científico. Aquí ya no figura en primer plano la propia conveniencia, sino la objetividad válida para todos. Sin embargo, tiene en común con la anterior forma de comunidad la irrelevancia del sí-mismo del interlocutor, el cual puede sustituirse sin dificultad. Se trata de una relación anodina, abstracta, encaminada a la verdad impositiva; es decir, universalmente válida. En esta relación, el hombre abre las puertas de su «caverna» al mundo uno (pretendidamente, al menos); es un nivel superior. Hay otras

formas de comunicación humana todavía: la que tiene lugar en el espíritu. Éste se mueve en las ideas, por lo que la comunidad en el espíritu es una comunidad de ideas. Jaspers define el espíritu como «la totalidad del pensar, obrar y sentir inteligibles, que no se hace un objeto en sí concluso para mi saber, sino que permanece "idea"»¹¹. En el espíritu, el individuo se siente miembro de un todo, unido a los demás en la comunidad de una idea. Compartir, por ejemplo, una idea de patria, familia, moral, pertenece a este nivel. En dicho compartir, los individuos se sienten unidos -formando parte de una patria, una concepción de familia, moral-, aunque la idea ni es objetiva ni inamovible. A la verdad propia de la relación de espíritu la denomina Jaspers «convicción». En esta comunidad los vínculos son más estrechos que en las anteriores; es un grado más elevado. Sin embargo, tampoco llena las aspiraciones del existente; «aún no ha aparecido lo que es propiamente la verdad», «ni queda demostrada la última base y fundamento de toda posibilidad de comunicación»¹². Es preciso advertir que las tres formas de relación humana expuestas tienen su lugar en la existencia, no se dan aisladas, aunque el análisis las haya separado para su mejor comprensión, y no permiten sin fracaso que se absolutice ninguna de ellas.

El existente dado está abierto a una existencia posible: su existencia auténtica. La conquista de la misma no es independiente del mundo y, por consiguiente, de las tres formas de comunicación ya apuntadas. Ahora bien, no se lleva a cabo principalmente en ellas, sino en la comunicación existencial; de existencia a existencia, de esencia a esencia. La comunicación existencial es el último fundamento de toda posibilidad de comunicación, y en ella acontece la verdad propiamente dicha. Aquí puede apreciarse la relevancia que alcanza en Jaspers la comunicación, si bien ahora podemos ya matizar: la «comunicación existencial». Sorprende que Jaspers considere a este grado de relación «última base y fundamento de toda posibilidad de comunicación», ya que los niveles superiores se realizan «bajo los supuestos de los inferiores», «son possibilitados en sus efectos por los inferiores, y acaso también un tanto empañados». Es más, los grados superiores son más débiles que los inferiores, ya que éstos «pueden subsistir en sí prescindiendo de los superiores»¹³. La respuesta a este problema es la insuficiencia de las relaciones que no son la existencial; dicha insuficiencia es tan notable, que no es difícil que se malogre la comunidad propia de cada uno de los tres niveles. En el nivel empírico, la comunicación puede quedarse en mero instinto interesado, en la conciencia en general, en asentimiento indiferente y en el espíritu en un engaño de totalidad presto a desmoronarse. De otra manera, la verdad y comunicación de esos tres niveles, comparadas con la verdad y comunicación del cuarto, son como si no fuesen verdad ni comu-

nicación. Por sí solos, tienden a la distorsión, a desfigurarse, pero desde la comunicación existencial adquieren su lugar y rectitud. Precisamente la insuficiencia e insatisfacción de las tres primeras formas de comunicación abren paso a la comunicación existencial.

Frente a las otras tres, en la comunicación existencial el otro es insustituible, es «como si él fuera yo y yo fuera él»¹⁴. Las páginas de su «*Diario*» que Jaspers ha querido abrir permiten ejemplificar esta característica en la comunicación del filósofo y su esposa¹⁵: «(...) no puedo tolerar que ella muera sin mí. Los poderes que la fuerzan a morir me matan a mí también. Esta solidaridad es absoluta. Pienso que todo carecería de sentido si la separación entre Gertrud y yo se concibiera como inteligible, permitida, posible. Entonces en verdad no habría ya nada serio. El hombre es sólo hombre cuando, dondequiera que esté, pone en juego toda su vida. Si sobrevivo a Gertrud, en caso de que ella sea eliminada por el poder estatal, soy menos que nada. El que yo exista para Gertrud y ella exista para mí es nuestro único sostén en este mundo. Si el poder estatal quiere que yo viva, debe dejar también vivir a Gertrud. El pecado de eliminar al uno es siempre el pecado de eliminar a los dos. Se dice: yo debo terminar mi obra. Sí, Gertrud y yo tenemos en ello un interés grande, muy grande. La obra está todavía en fase de producción, y se me presenta con las mejores perspectivas. Su terminación sería tal vez algo esencial en la filosofía alemana. Pero la obra no es algo absoluto, algo que pueda hacerse a base de técnica. Si una voluntad humana aniquila a Gertrud sin morir yo también con ella -nuestra separación por la fuerza es igual que la muerte; nuestra separación voluntaria, imposible-, entonces mi obra se acabó también: vive y prospera tan sólo de la sustancia de nuestra fidelidad. Una falta de fidelidad aniquilaría nuestra existencia y el contenido de la obra. Las consideraciones utilitarias, razonables, pueden en el fondo prestar a *cualquier* comportamiento una justificación aparente. Con tales concesiones, la vida se vuelve insustancial, llena de autorreproches, pero sobre todo de autojustificaciones: se convierte en una vida de repetidas diversiones, de falta de reflexión, de angustia a ratos olvidada, pero siempre pronta a aparecer. En todo momento estamos rozando los límites de esta vida: no debemos caer en ella»¹⁶. Repárese en que lo «inauténtico» es la conformidad con la separación del matrimonio *llevada a cabo por otros hombres*; si aconteciera por muerte natural de uno de ellos, no existiría tal inautenticidad, aunque en virtud del carácter insustituible del otro, la existencia del sobreviviente se vería sustancialmente afectada.

La comunicación existencial consiste en una serie de características tan íntimamente ligadas entre sí, que cada una sirve al esclarecimiento de

las demás. La insostituibilidad de los comunicantes la hace distinguirse de los otros tipos de relación de forma especialmente patente. Sin embargo, cualquier otro carácter de la misma la distingue también de las demás. Tal ocurre con lo que podríamos denominar su «carácter operativo»; en ella acontece la realización del propio ser-sí-mismo, la autenticidad propiamente dicha. Sólo se llega a la propia esencia en relación esencial con los otros; de ahí que nada tenga de extraño la afirmación de Jaspers: «Los poderes que la fuerzan a morir me matan a mí también». A la vista de este carácter puede entenderse mejor todo su texto. Pero, a la vez, aquella característica se entiende mejor desde ésta; ya que sólo en comunicación llego a ser yo mismo, mi esencia propiamente humana (libre) no puede pasarse, por decirlo así, sin el otro «esencial» más que al precio de «morir» a la autenticidad. Somos propiamente a una con los otros comunicantes existenciales; cualquier fallo en la comunicación es un fallo en el yo mismo. Jaspers ha pensado filosóficamente lo que otros han vertido poéticamente -entre ellos Cernuda- e, incluso, lo que es del «dominio público», en letras de canciones o lenguaje amoroso, por ejemplo. En ninguna de las otras tres formas de relación humana puede acontecer la realización existencial. La comunicación empírica tiene mucho de soportar, aguantar o sufrir al otro, en virtud de las ventajas prácticas que puede deparar. Es el «hoy por tí y mañana por mí» del dicho cotidiano. En esta comunicación, se necesita a los demás como «a la fuerza»; tan pronto como es posible, uno se libra de los lazos de la conveniencia. Ciertamente, la relación a este nivel puede tener caracteres menos negativos; en lugar de sufrir al otro se puede desear su compañía, por ejemplo. Pero siempre sin comprometer el propio ser, pues el comunicante «entiende» que él (y el otro) *ya es*, por lo que en su relación con los demás no le va su esencia. De cualquier manera, lo que hay en el fondo es la búsqueda del propio bien, llámesele felicidad, realización o como se quiera. El bien ajeno no se pone al mismo nivel (a diferencia de lo que acontece en la comunicación existencial). La comunicación en la conciencia en general tiene la grandeza indiscutible de traspasar la estrecha vivienda del interés primario. Los comunicantes discurren en la universalidad científica. Sin embargo, dicha comunicación sólo conoce esencias objetivas (universales y necesarias); se le escapa el existente individual y todo lo que él conlleva de indecible, indemostrable, inobjetivable. Una discusión científica, por ejemplo, no es normalmente una discusión «personal»; las descalificaciones, si acontecen, no van contra el individuo concreto, sino contra su afirmación, la cual excede el marco de su individualidad. Por ello la comunicación científica -en sí misma considerada- es abstracta; no roza al existente. Este existente es, según Jaspers, el que debe conquis-

tarse. Si la ciencia no se hace cargo de él, la comunidad científica no puede lograr por sí sola la autenticidad existencial. Jaspers ejemplifica muy bien el despegamiento de lo estrictamente científico respecto del existente cuando se refiere a Galileo para afirmar que su verdad, al ser de todos, no merecía del científico que sacrificara a su servicio la propia existencia¹⁷. El pensar científico no es propiamente un acto de libertad; se ofrece junto a la demostración, explicación, pruebas y demás para que cualquiera pueda observar su rectitud. Así es como su verdad se impone. La comunicación en el espíritu es más estrecha, pero tampoco llega al individuo, ya que la idea es «general» e «impersonal»; el individuo no puede identificarse, a su través, consigo mismo. Su privacidad queda fuera de esta comunicación¹⁸.

Jaspers caracteriza a la comunicación existencial de «lucha amorosa». La relación une a los que, sin embargo, «deben seguir siendo dos»¹⁹. Si el otro (o yo) no va siendo su propio sí-mismo, sino que le sirvo de modelo, o le presto tanta ayuda que se convierte en alguien incapaz de ayudarse a sí mismo, la relación fracasa. También fracasa si cualquiera de los comunicantes se reserva en alguna medida. La lucha es *tanto* para conquistar mi propia existencia, como para que el otro conquiste a su vez la suya, en una entrega total y mutua que no es impositiva, pero que tampoco es indiferente, de modo que en el intercambio comunicante va operándose el llegar a la autenticidad por parte de cada uno. Es lucha porque es exigencia: para consigo mismo y para con el otro. La relación no sirve precisamente para escapar del mundo, por decirlo así, sino para más abrir los ojos; lo que en esta comunicación acontece no es una huida, sino la búsqueda de la propia existencia libre, la cual supone una ardua tarea, y en ningún caso prescinde del «medio» (vida empírica, ciencia, tradición). No puede llevarse a cabo sin un constante violentarse, dado el «ambicioso» término que se persigue y las imponentes fuerzas de gravedad del propio interés, la cómoda superficialidad y la práctica instalación en convicciones. Es, en el mejor de los casos, un intento; siempre en vías de hacerse y desaparecer, a una. No permite «bajar la guardia»; requiere la atención del más débil, para detectar a tiempo su auténtico derrotero y actuar en consecuencia. De alguna manera, paradójicamente, la comunicación existencial va «a contrapelo». Esta lucha de exigencia y contranaturalidad (contra determinada naturaleza) tiene en su amorosidad el polo equilibrante, que evita, no sólo la desesperanza, sino, más concretamente, la brutalidad, tiranía, obcecación o cualquier otro tipo de desmesura que la lucha pudiera erróneamente anticipar. Frente a la lucha por la sobrevivencia, propia de la relación empírica, la cual puede llegar a ser encarnizada, es «amorosa»; es decir, el otro es como yo mismo, porque no soy sin él, ni él sin mí. Frente

a la lucha intelectual, que deja intacto al individuo, es una cuestión de amor interpersonal, tan imbricada, que luchar bien por este o estos otros es luchar bien por mí mismo. No es una lucha de convicciones; el amor es más que las ideas, al modo como dice el místico: para el que ama ya no hay camino.

No es una comunicación objetivable, que pueda mirarse desde fuera; es única y sólo se deja «esclarecer» -no objetivar- por los mismos que en cada caso la forman. El sí-mismo ni es algo prefijado ni tiene humanamente un término de consecución; acaso fugaces instantes de plenitud, «la certidumbre del momento»²⁰. Obviamente, no puede intentarse «a gran escala»; la superficialidad sería inevitable. A este nivel no se puede tener «un millón de amigos». La comunicación existencial no suprime la soledad; en soledad se entra en la misma -según Jaspers, no puede vivirse la comunicación sin vivir la soledad- y en soledad se permanece, porque precisamente ella nos la patentiza (nuestro propio sí-mismo).

Esta es «la última base y fundamento de toda posibilidad de comunicación». Gracias a ella todas las demás adquieren su sentido, si bien la comunicación existencial no puede pasarse sin el contenido de las otras. Perdería su «carne y su sangre», por así decir, lo cual no la compensaría del riesgo -por otra parte inevitable- de no ser empañada por ellas. Pero en este fundamento se da también «lo que es propiamente la verdad», según apuntábamos. Aquí verdad ni puede ser utilidad, ni objetividad, ni convicción, como se sigue fácilmente de la caracterización expuesta. Los que están en comunicación existencial experimentan la verdad en la fe: fe en la creación del propio sí-mismo y del sí-mismo del otro, en lo que sólo se puede aclarar o esclarecer sin poderlo convertir nunca en objeto. El existente conoce instintivamente sus necesidades primarias, descansa en la universalidad del conocimiento objetivo y está acompañado por una multitud en sus convicciones. Trascendiendo esas seguridades, sin dejarlas, se arriesga a lo desconocido, tan solo girando en torno, en un impremeditado ejercicio de ganarse o perderse en comunicación esencial. Es el riesgo de empeñarse en una esencia libre en libertad compartida. No es una verdad hecha que se busca, sino el estar viniendo a ser verdad. Tampoco es una verdad que se encuentra de una vez por todas, sino siempre en trance de hacerse (o perderse). Ya no es la verdad científica de Galileo, que no merecía ofrecer la propia vida como garantía, sino la de Giordano Bruno (y la de Sócrates también), que sólo le tenía a él como garante y no hizo inútil, por consiguiente, según Jaspers, su inmolación.

En Jaspers, toda verdad requiere comunicabilidad²¹. Además no hay un solo sentido de verdad, si bien la verdad por excelencia ni es una

ciencia impositiva ni un logro definitivo. El mensaje es claro; Jaspers es un pensador radicalmente dialogante, afín a los que propugnan que la conversación nunca se interrumpa, que no acontezca algo así como una última palabra, tiránica y paralizante²². Nos habíamos propuesto mostrar el talento dialógico del autor. Con lo expuesto hasta aquí, pensamos que queda suficientemente patente. Sin embargo, estimamos oportuno hacer un par de observaciones más al respecto:

- Jaspers llega a considerar la comunicación como supremo criterio de verdad, según consta en el siguiente párrafo de su *Autobiografía filosófica*: «El hombre sólo llega a su propio ser por conducto de "otro", jamás por el solo saber. Llegamos a ser nosotros mismos sólo en la medida en que el "otro" llega a serlo. De ahí que desde mis años de colegial la cuestión de la intercomunicación humana fuera para mí el problema central, por lo pronto práctico, luego filosófico, de nuestra vida. Todos los pensamientos podían, en definitiva, juzgarse según el supremo criterio de si promovían o trababan la intercomunicación humana y la verdad misma podía ser apreciada en función de lo que unía a los hombres y del grado en que ella posibilitaba auténticamente esta unión»²³.

- En su libro: *La razón y sus enemigos en nuestro tiempo*²⁴, obra de 1950, Jaspers cambia el nombre de su filosofía; de llamarla «filosofía de la existencia» pasa a denominarla «filosofía de la razón». En este mismo libro se refiere abundantemente a la razón. Algunos de sus caracteres son los siguientes: no da un paso sin el entendimiento, pero lo trasciende; incita a criticar toda posición lograda; se opone a la arbitrariedad y al dogmatismo; no excluye nada de lo que existe, pues está abierta a todo. Hay, sin embargo, dos notas suyas que nos parecen especialmente importantes para nuestro propósito: la razón es una y la misma cosa -escribe Jaspers-, que el deseo ilimitado de comunicación, de manera que negar éste es negar aquélla. La razón, por consiguiente, une, y en lugar de existir por naturaleza, es fruto de una libre decisión. Al decidimos por la razón vamos contra la naturaleza, llega a decir Jaspers (recordemos aquí nuestra interpretación de filosofía «a contrapelo»).

La segunda nota que deseábamos destacar se refiere a la razón como voluntad de unidad, pero, más propiamente, como voluntad de lo Uno. Ella apunta a lo Uno inaccesible, por lo que en nada del mundo puede encontrar respuesta última. Aunque no puede pensarlo, sí puede, afirma Jaspers, mantenerlo incontaminado. Llegamos así al tema de la trascendencia o ser-en-sí. No podemos desarrollarlo aquí, únicamente queremos advertir que la razón tampoco descansa en la comunicación existencial, la cual es limitada, lo mismo que su verdad (histórica). Sin embargo,

el anhelo de verdad Una no cesa, y desde ese anhelo insatisfecho Jaspers atisba la trascendencia, «bajo la suposición de que la verdad debe ser»²⁵. Con todo, este anhelo de unidad absoluta no olvida la comunicación, sino todo lo contrario: «En el origen era lo uno, la verdad, tal como es para nosotros inaccesible. Mas lo uno perdido es como si debiera recuperárselo de la dispersión mediante la comunicación, como si la confusión de la multiplicidad pudiera resolverse en la tranquilidad de la unificación, como si una verdad olvidada nunca más volviera a alcanzarse del todo»²⁶. Piénsese en las posibles conexiones de la fe y el «como si».

En definitiva, el límite de la comunicación es el silencio. No podía ser de otro modo en un pensador de mar abierto.

NOTAS

¹ K. JASPERS, *Razón y existencia*. B. Aires, Nova, 1959, p. 17.

² K. JASPERS, *Entre el destino y la voluntad*. Madrid, Guadarrama, 1969, p. 22.

³ K. JASPERS, *Autobiografía filosófica*. B. Aires, Sur, 1964, p. 98.

⁴ Cfr. K. JASPERS, *Entre el destino y la voluntad*. *Op. cit.*

⁵ En *Entre el destino y la voluntad*. *Op. cit.*

⁶ «Autorretrato», en *Entre el destino y la voluntad*. *Op. cit.*

⁷ Cfr. K. SALAMUN, *Karl Jaspers*. Barcelona, Herder, 1987.

⁸ *Razón y existencia*. *Op. cit.*

⁹ Cfr. K. JASPERS, *Nietzsche*. B. Aires, Sudamericana, 1963, pp. 105-147.

¹⁰ *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*. México, F.C.E., 1981, pp. 15-23.

¹¹ *Razón y existencia*. *Op. cit.*, p. 49.

¹² *Ibd.*, p. 79.

¹³ *Ibd.*, p. 83.

¹⁴ K. JASPERS, *Filosofía*. Madrid, Revista de Occidente, 1959, tomo I, p. 458.

¹⁵ Debe advertirse que el texto pertenece a la época en que triunfa el nacionalsocialismo en Alemania; Gertrud es judía y por esta razón el matrimonio vive las situaciones-límite más dramáticas de su vida. Ambos llegan a plantearse la posibilidad del suicidio. El texto es del 16 de noviembre de 1940; aunque extenso, interesa transcribirlo casi íntegro.

¹⁶ En *Entre el destino y la voluntad*. *Op. cit.*, pp. 235-236.

¹⁷ Cfr. *La fe filosófica*. B. Aires, Losada, 1968, pp. 11-12.

¹⁸ Cfr. *Filosofía*. *Op. cit.*, tomo I, p. 454.

¹⁹ *Ibd.*, p. 462.

²⁰ *Ibd.*, p. 470.

²¹ Cfr. *Razón y existencia. Op. cit.*, lección 3ª.

²² Puede consultarse al respecto: R. RORTY, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid, Cátedra, 1983, 3ª parte.

²³ *Op. cit.*, pp. 98-99.

²⁴ B. Aires, Sudamericana, 1967.

²⁵ *Razón y existencia. Op. cit.*, p.93. Puede consultarse también: Ramón ALMAZÁN, «Introducción a la problemática de la verdad en la filosofía de Karl Jaspers», en *Studium* 1970, pp. 83-113.

²⁶ *Razón y existencia. Op. cit.*, p. 100.